

# Unidad 6

---

- Comparación y Explicación

## COMPARACIÓN Y EXPLICACIÓN <sup>1</sup>

Ángelo Panebianco

### ***Ideográficos, teóricos y comparatistas***

Además de las cuestiones relativas a «cómo» y «por qué» comparar, una pregunta que vale la pena formular respecto de la comparación es: ¿por qué en la actualidad se compara tan poco? A diferencia de las preguntas sobre cómo y por qué, de orden metodológico, ésta se refiere a una cuestión de hecho. No obstante, como en el caso de las otras dos, es imposible responder a esta cuestión sin tener en cuenta las divisiones de fondo que atraviesan la comunidad internacional de científicos sociales que se refieren a la naturaleza y metas de las ciencias sociales. Como intentaré demostrar, partir de esta pregunta sobre un problema de hecho puede ayudar a definir mejor las cuestiones del cómo y, sobre todo, del por qué.

¿Por qué se compara tan poco? Intentemos dar respuesta con referencia principal a la ciencia política. Si la comparación es en esta disciplina el principal instrumento disponible de control de las hipótesis, el hecho de que se practique tan poco (a tal punto que, como observa Sartori <sup>2</sup>, en los Estados Unidos y otros lugares Comparative Politics es para muchos sinónimo de estudio de «países extranjeros») requiere alguna explicación.

Interpretando incorrectamente a Kuhn, es decir, haciendo un uso fundamentalmente ideológico de la teoría kuhniana (la cual, según la explícita declaración de Kuhn, *no tiene nada que decir* sobre las ciencias sociales), estamos habituados a pensar las divisiones de la comunidad político lógica internacional como el resultado de la competición entre paradigmas. Sin embargo, ésta es sólo una imagen consoladora. Las divisiones más importantes -aquellas que pesan más sobre la práctica científica y la hacen tan heterogénea- no tienen nada que ver con refinadas disputas teóricas y/o metodológicas. Tienen que ver, más simplemente, con modos completamente diferentes de entender la actividad de investigación que se lleva a cabo bajo la etiqueta «ciencia política». Si prestamos atención a la producción político lógica corriente podemos identificar tres grupos de científicos políticos que se diferencian entre sí por intereses de investigación. y, en definitiva, por el diferente modo de entender la disciplina.

---

<sup>1</sup> Agradezco a Alberto Marradi y Leonardo Morlino sus comentarios.

<sup>2</sup> La comparación y el método comparado, en este volumen. Ver también Sartori (1979).

1) El primer grupo, ampliamente mayoritario en la comunidad político lógica internacional, y en cada una de las comunidades político lógicas nacionales, está representado por *los ideográficos* (también han sido llamados «empíricos», pero se trata de un término que confunde). En contraste con lo que afirman los manuales, que utilizan frecuentemente los estudiantes, que presentan a la ciencia política *qua* empresa acumulativa, los ideográficos no tiene ningún interés. por la construcción de un cuerpo teórico generalizante. Para estos estudiosos el trabajo del científico político es una actividad eminentemente descriptiva-interpretativa de singulares fenómenos políticos delimitados en el espacio y en el tiempo. Su interés es comprender los cambios del sistema político estadounidense (o de cualquier otro sistema político) en la última década, las transformaciones experimentadas por el PCI (o por cualquier partido o movimiento político con suficiente appeal como para provocar el interés de los investigadores), los modos del proceso de democratización en este o en aquel país del este europeo, la política pública de los transportes en Francia, la política industrial en Italia, etcétera.

Lo importante es la intención (que condiciona modos y resultados de la investigación) con la que se estudian los distintos fenómenos políticos. Para los ideográficos los objetos indagados son importantes o interesantes por sí mismos y no por la contribución que su comprensión puede dar a la elaboración y a la refutación de teorías científicas. Ello también permite explicar la tendencia de muchos ideográficos a concentrar su atención sobre cuestiones de actualidad política, las que el ideográfico puede estudiar esperando llamar la atención del público externo a la comunidad científica (políticos, público interesado en la política, etc.)<sup>3</sup>

Naturalmente, los más informados entre los ideográficos harán homenajes formales (en general, en los párrafos introductorios de su trabajo) a los «superiores» objetivos científicos y, además, los más capaces utilizarán los diferentes instrumentos intelectuales que el corpus teórico de la disciplina (elaborado por otros) pone a disposición. Sin embargo, la esencia no cambia: de todo puede interesarse el politólogo ideográfico menos de lo que los manuales llaman (pomposamente) "acumulabilidad del saber politológico" En efecto, si se considera globalmente, el trabajo de investigación producido por los ideográficos de hecho no se acumula (si bien es la fuente de tantas preciosas informaciones sobre este o aquel proceso político, sobre esta o aquella institución política). Con la excepción del período considerado (la edad contemporánea), las fuentes utilizadas (en general, más que el archivo se trata de datos de *survey*, series estadísticas, etc.) y la jerga especializada -propia de una diferente parroquia

---

<sup>3</sup> Una subcategoría es proporcionada por los «estudios aplicados- (las *policy sciences* son incluidas aquí). No obstante, los estudios aplicados representan sólo una fracción del total de las investigaciones, la inspirada en los principios de la Ingeniería política. Muchas investigaciones ideográficas no son, en este sentido, estudios aplicados. En lo que atañe a los posibles efectos prácticos de la investigación ellos son influidos, al menos implícitamente, por el llamado "modelo iluminista", en vez de por el ingenierístico. Sobre la ingeniería política, véase Pasquino (1989). Para una comparación entre modelo ingenierístico y modelo iluminista en las ciencias sociales, véase Panebianco (1989a).

académica-, los ideográficos realizan, en realidad, un trabajo idéntico al de los historiadores,

2) El segundo grupo de científicos políticos, mucho más restringido que el primero, está compuesto por los teóricos. En el club muy exclusivo de los teóricos. encontramos, por ejemplo, los cultivadores de teoría de la elección racional, de teoría de los juegos, de teoría del poder, de teorías sistémicas, etc. Se trató de estudiosos interesados exclusivamente en «hacer progresar» la teoría.

Es el problema central. Y no sólo en ciencia política, pues con la excepción de la economía siempre encontramos una mayoría de ideográficos en las otras ciencias sociales, desde la sociología a la antropología. ¿Por qué sucede esto? El enigma representado por la existencia de una indiscutible mayoría de ideográficos puede ser resuelto sólo si evitamos considerar seriamente los manuales de ciencias sociales cuando cuentan la fábula según la cual el objetivo principal de tales ciencias consiste en contribuir al crecimiento de un corpus teórico generalizante.

Si damos este paso nos damos cuenta que los ideográficos tienen razón sobre un punto fundamental (si bien se equivocan sobre otro aspecto fundamental, al cual me referiré después). El objetivo principal de las ciencias sociales no es en efecto contribuir a la «acumulabilidad del saber científico-social», sino «comprender» /en el triple significado en el cual Walter Runciman usa la expresión <sup>4</sup>- fenómenos que son percibidos por el estudioso como culturalmente relevantes tes. He aquí por qué el saber politológico (o sociológico, ó antropológico) resulta siempre tan poco acumulable. Este saber se transforma, en efecto, y se redefine constantemente, no dependiendo de los progresos científicos alcanzados (como sucede en algunas ciencias naturales), sino dependiendo de los variables, y continuamente variados, puntos de vista (sobre lo que es y no es culturalmente relevante) cuya sucesión domina la evolución de las ciencias sociales y que está condicionada -si bien no determinada, como piensan algunos sociólogos del conocimiento- por el cambio histórico y por el modo en el que, continuamente, el estudioso se enfrenta a él.

Debe aceptarse el hecho de que los intereses cognoscitivos que orientan al científico social son *diferentes* de los que posee el físico teórico. Si hoy, por ejemplo, renacen los estudios teóricos y empíricos sobre nacionalismo y nacionalidad, descuidados por mucho tiempo, en absoluto pueden explicarse por el deseo de los estudiosos de contribuir a la acumulabilidad del saber nomológico

---

<sup>4</sup> Runciman (1983) se refiere a un significado primario, secundario y terciario del término comprensión. El primero se refiere a la comprensión que es necesaria para referir correctamente cuando ha sido observado; el segundo se refiere a la comprensión de lo que ha causado el fenómeno (es decir, la verdadera explicación); el tercero se refiere a la comprensión necesaria a la descripción, la reconstrucción de la naturaleza de las instituciones o de las prácticas examinadas por el cual ellas son, o eran, percibidas por los actores comprometidos. Para Runciman, no es la explicación (comprensión en sentido secundario), sino la descripción (comprensión en sentido terciario) que plantea especiales problemas metodológicos a las ciencias sociales.

sobre la política (en el mismo modo, y con el mismo espíritu con el que un físico trata sobre aspectos circunscritos, y hasta ahora inexplorados, de la teoría de la relatividad y de la teoría cuántica), sino exclusivamente por la circunstancia de que el nacionalismo vuelve a ser hoy un fenómeno cultural y políticamente relevante en Europa.

Sé bien que esta toma de distancia de la visión estándar de la ciencia política puede desagradar a los más ortodoxos, pero me defenderé subiendo a las espaldas de los gigantes. Lo que he expuesto no es más que la visión de los objetivos de la ciencia social que Max Weber resumía, mediante una adaptación de la teoría rickertiana, con la idea de la «relación del valor».

En esta visión el saber nomológico no constituye un fin en sí mismo: su enriquecimiento no es un objetivo primario de las ciencias sociales. El saber nomológico es en cambio exclusivamente un *medio* para el estudio de los fenómenos que el científico social considera, de vez en vez, culturalmente relevantes. Éste no consiste en «teorías generales» (sólo en la forma débil de cuadros teóricos) ni sirve para producir teorías generales. Constituye un instrumento para construir explicaciones *locales*, «ideográficas», independientemente de las características del objeto estudiado, tanto si se trata de un macro-fenómeno histórico o de una micro situación social. Explicación local, en este contexto, significa explicación relativa a fenómenos delimitados en el tiempo y en el espacio. Naturalmente, el «tiempo» puede ser también una época entera (por ejemplo, la época moderna) y el «espacio» un área geopolítica y cultural (por ejemplo, Europa, Occidente, etc.). En cualquier caso, el punto de arribo serán teorías locales (Boudon, 1984) o, con diferente terminología, teorías seculares (Roth, 1973), válidas sólo para los casos examinados y no para otros.

Aprobar la *intención* que rige a los estudiosos ideográficos de la política no significa absolver el minimalismo metodológico y la insipidez teórica que en gran parte les caracteriza. Si los ideográficos, como pienso, no se equivocan cuando asumen como objetivo primario de la ciencia política la explicación de específicos fenómenos histórico-políticos considerados importantes por sí mismos, se equivocan cuando sus explicaciones no están apoyadas por instrumentos adecuados. La verdadera crítica que puede hacerse a los ideográficos no consiste en que se dediquen a fenómenos políticos específicos más que al «progreso de la teoría» (con independencia de lo que signifique esta expresión). El verdadero reproche a formularles es que, con demasiada frecuencia, hacen mal su propia tarea; no advierten el hecho de que si se aferran exclusivamente a la vía ideográfica, entonces no pueden alcanzarse verdaderas explicaciones. Mejor dicho: no se tienen pruebas suficientes de la plausibilidad de la explicación dada (no siendo posible jamás clarificar del todo si la explicación propuesta resiste enunciados contrafácticos).

Por ejemplo, quien escribe prefiere explicar muchas anomalías de la democracia italiana relacionándolas a las tradiciones católicas del país. Pero es claro que para dar solidez científica a tal explicación se debe recurrir al control

comparativo. Puesto que no en todos los países de tradición católica se manifiestan los fenómenos políticos registrados en Italia, habría que intentar establecer qué otras condiciones deben estar presentes para que una tradición católica produzca efectos políticos como los que interesa explicar (puede ser, por ejemplo, que entre tales condiciones esté la coincidencia entre la unificación tardía y el inicio del proceso de industrialización). Sólo la comparación puede ayudar a identificarlas.

### **Funciones y disfunciones de la teoría**

Vayamos al caso de los teóricos. En este contexto su posición es clara. De ellos provienen contribuciones importantes a la elaboración del saber nomológico. En la perspectiva delineada el saber nomológico no puede ser, como es presentado muchas veces cuándo es dejado en manos de los teóricos, un fin en sí mismo. Su función es la de ser utilizado para explicar fenómenos políticos específicos: un banco de prueba que no puede ser eludido de ningún modo. Sin embargo, muy frecuentemente los teóricos no lo advierten. De esta manera reproducen (frecuentemente para peor, sin tener el valor del rigor formal que caracteriza a la economía teórica) algunos de los principales defectos de la ciencia económica.

La visión que, en término medio, los científicos políticos poseen de la economía parece bastante distorsionada respecto de la visión que los economistas poseen de la física (Hahn y Hollis, 1979; Zamagni, 1982). Lo que impacta a los científicos políticos, y también a los sociólogos y antropólogos, y explica sus complejos de inferioridad en relación a los economistas es el hecho de que sólo en economía, entre todas las ciencias sociales, ellos perciben un núcleo auténtico de «ciencia normal». O, si se prefiere, sólo en la economía ven mantenidas las promesas positivistas y neo positivistas de la acumulabilidad del saber y, por ende, del progreso científico.

Es verdad. que en economía existe un núcleo de ciencia normal. Lo que no se considera es que ese núcleo no está compuesto por «economía»; sino por matemática. En gran medida, los desarrollos de la economía (piénsese en el imponente corpus teórico que ha crecido en torno al problema del equilibrio walrasiano) se deben a economistas-matemáticos muy poco interesados en aplicar sus sofisticados modelos al análisis de los fenómenos económicos. Gran parte de estos modelos no se han aplicado jamás al estudio de la vida económica y tampoco se espera que suceda. Las razones de este divorcio entre «teoría» y análisis empírico son fundamentalmente las mismas que motivaron a Vilfredo Pareto, después de haber ofrecido una contribución crucial a la economía marginalista, a abandonar la ciencia económica e incorporarse a la sociología.

No obstante la interpretación «realista» (predominante entre los economistas) de las teorías económicas (comenzando por la teoría del equilibrio) parece acertado, al contrario, su carácter -como habría dicho Weber- de «construcciones utópicas», su naturaleza típicoideal (Aron, 1939; Von Hayek, 1941; Machlup, 1978; Bell, 1981). De aquí deriva, en gran medida, la dificultad de

analizar los procesos económicos<sup>5</sup> utilizando un modelo de actor demasiado pobre (Simon, 1957; -Sen, 1982; Hirschman, 1985) o de explicar el fenómeno fundamental que toda ciencia social debe poder explicar: el *cambio* (Hirschman, 1971; Kaldor, 1972; Salvati, 1987). Para no hablar de las perdurables dificultades relacionadas con la división entre microeconomía y macroeconomía (el problema, hasta ahora irresuelto, y cuya carencia de solución implica legítimas dudas sobre el alcance empírico de sus explicaciones, de los fundamentos micro económicos de la macro economía).

Si las cosas están así, los politólogos-teóricos hacen muy mal en intentar seguir de nuevo las huellas de la ciencia económica. Tanto porque las diferencias entre fenómenos económicos y fenómenos políticos son tales <sup>6</sup> que el nivel de rigor alcanzado por la economía teórica es inalcanzable en ciencia política (donde no existe nada comparable al marginalismo, a la macroeconomía, etc.) <sup>7</sup> como, y sobre todo, porque reproducir la separación entre teoría y análisis empírico que se hace en economía es de cualquier modo pernicioso. En todo caso, de la economía puede adoptarse -pero sin inútiles imitaciones- sólo la lógica *de la explicación* (el método individualístico-analítico), la única posible barrera, que yo conozca, contra las recurrentes tentaciones holísticas -pienso sobre todo en el funcionalismo y en algunas versiones de la teoría sistémica- de la ciencia política (así como de la

---

<sup>5</sup> *Más que el fruto de un encuentro aparentemente logrado entre economía y ciencia política, el éxito actual de (a political economy podría ser interpretado como el efecto de una reacción contra el divorcio entre teorías y modelos económicos (siempre más sofisticados) y explicación empírica. La característica de la political economy es operar con modelos más rudimentarios que los propios de la economía pero no obstante (o quizá debido a ello) más fácilmente utilizables en el estudio de los casos empíricos.*

<sup>6</sup> *La diferencia crucial consiste en el hecho de que en economía puede ser más fácilmente resuelto el problema «hermenéutico», el problema de la identificación de las motivaciones de las acciones. El mecanismo de los precios permite al observador identificar con suficiente seguridad las razones del comportamiento de los inversores, de los consumidores, etc. «La racionalidad de la conducta económica se hace rigurosamente determinable en una economía monetaria en la cual la traducción cuantitativa de los valores permite dar un significado preciso a las fórmulas del máximo rendimiento y del mínimo gasto» (Aron, 1939, 165). En las otras ciencias sociales el problema hermenéutico es de más ardua solución. Faltando un sistema de parámetros común al observador y al actor, identificar los motivos de las acciones significa empeñarse en una compleja obra de reconstrucción de la .lógica de la situación» (Popper, 1957) en la cual se encuentra el actor. Esto deja siempre abierto el problema de si la reconstrucción realizada por el observador corresponde, o no, a la lógica de la situación tal como aparece al actor.*

<sup>7</sup> *En un ensayo de 1939 dedicado a una confrontación entre la ciencia económica y las ciencias socio-politológicas, y cuyas conclusiones resultan válidas también hoy, Raymond Aron observa que si la lógica de la investigación sociológica o politológica no difiere de la que posee la economía, esta última tiene en cualquier caso especificidades tales como para hacer imposible la elaboración de una .teoría de la política» parangonable a las teorías económicas: «El acto económico en nuestras sociedades se manifiesta anteriormente, se traduce en cifras. No hay necesidad de una encuesta para conocer la opinión de los individuos sobre una determinada mercancía, el valor de las ventas puede ofrecernos todas las informaciones de las que tenemos necesidad (...). Pensemos, en oposición a la determinación cuantitativa de la realidad económica, en la indeterminación característica de la realidad política, la cual existe sólo por medio de las acciones y de las intenciones, se refleja de modo diferente en cada conciencia y no alcanza la inteligibilidad que logra el sociólogo mediante la reconstrucción» (Aron, 1939,184-185). Sobre las diferencias entre la economía y las otras ciencias sociales, véase también Sartori (1979, 54-55).*

sociología y de la antropología) (Boudon, 1977; Leonardi, 1986; Gambetta, 1989). Sostener que el saber nomológico no constituye un fin en sí, sino un medio para el análisis de fenómenos políticos -instrumento para abordar explicaciones locales<sup>8</sup>-, es el único modo de no acentuar el divorcio que tradicionalmente tantos lamentan entre «investigación empírica» y «teoría».

### **Divisiones disciplinarias y comparación**

Si las afirmaciones hasta aquí hechas poseen alguna plausibilidad, entonces el grupo de los comparatistas, si bien débil, desarrolla, en la ciencia política, un rol crucial. A ellos en realidad es a quienes corresponde la tarea de valorizar tanto el trabajo de los politólogos ideográficos (indispensable base empírica de las investigaciones comparadas) como el de los teóricos (la reserva de saber nomológico que proporciona al comparativista los indispensables modelos y cuadros teóricos). Sin embargo, no nos podemos quedar en este punto. En efecto, los comparatistas no constituyen en absoluto un grupo homogéneo: exactamente en el mismo modo que los ideográficos y los teóricos, están divididos entre sí. Es en este sentido que entran en juego las preguntas sobre cómo y por qué comparar.

Inmediatamente afirmo que, según mi parecer, el cómo y el por qué son mucho más independientes entre sí de cuanto pueda parecer a primera vista. En el sentido de que mientras que es más fácil alcanzar un consenso general sobre el cómo (y pienso que nosotros los Italianos, gracias a la lección de Sartori, somos, desde este punto de vista, aventajados) es en cambio difícilísimo, y quizá imposible, alcanzar un acuerdo general sobre el por qué, es decir, sobre los objetivos de la comparación.

La razón es simple. El acuerdo sobre el cómo presupone sólo una disponibilidad a un uso compartido del método lógico, y la lógica, no obstante lo que pensasen los dialécticos, es *neutra* respecto de posibles diferencias, incluso muy profundas, de orden epistemológico. Dos estudiosos pueden perfectamente concordar sobre el correcto tratamiento de los conceptos, sobre los criterios

---

<sup>8</sup> Véase la distinción de Boudon (1984) entre modelos o teorías formales) que construimos utilizando el saber nomológico disponible, y teorías empíricas, punto de arribo de las explicaciones locales. Dos son las funciones de los modelos: a) identificar las (hipotéticas) relaciones causales entre un cierto número de factores. El control empírico será útil para establecer si, en el caso en examen, las relaciones hipotetizadas por el modelo corresponden a las verificadas (Marradi, 1980; Boudon, 1984). Cuando el modelo es usado en clave típico-ideal la explicación del caso en examen nace de la observación de la distancia entre modelo (entre las relaciones hipotetizadas por el modelo) y caso empírico; b) permitir la parametrización de otros factores, es decir, permitir relegar bajo la cláusula *ceteris paribus* todos los factores no comprendidos en las relaciones hipotetizadas por el modelo, y que serán por lo tanto considerados exógenos respecto del modelo. Los cuadros teóricos (frameworks), en cambio, son el equivalente de lo que Marradi (1980, 88) llama -pero con referencia exclusiva a las investigaciones que hacen uso de técnicas estadísticas- rmacromodelos: figuras en las cuales un elevado número de conceptos es relacionado recíprocamente y que tienen el cometido de orientar al Investigador en la selección de los conceptos relevantes para la investigación. Los cuadros teóricos son generadores de modelos. Una gran parte de las teorías económicas, de las teorías sociales (por ejemplo, la *pattern variables theory* de Parsons) y de las teorías politológicas (de Easton, de Almond, de Deutsch, etc.) son, en realidad, cuadros teóricos así entendidos.

mediante los cuales construir clasificaciones, etcétera, y no obstante dividirse cuando se pasa de los problemas del cómo comparar a considerar los problemas del por qué hacerlo.

En efecto, la pregunta sobre el por qué comparar implica otra cuestión, en realidad anterior: ¿*qué es una explicación aceptable en las ciencias sociales?* Son, creo, diferentes respuestas a esta pregunta sobre la base de las divisiones que caracterizan no sólo la ciencia política, sino también la sociología, la psicología, la antropología, la economía (ver la polémica recordada más arriba sobre la desconexión entre modelos matemáticos y el curso efectivo de los fenómenos económicos) y hasta la historiografía, cuyos problemas no son tan diferentes de los de las ciencias sociales.

Mi tesis es, en primer lugar, que las divisiones sobre el *por qué* comparar dependen de una diversidad de respuestas a la pregunta sobre en qué consiste una explicación aceptable y, en segundo lugar, que la experiencia de las ciencias sociales muestra la imposibilidad de llegar a un acuerdo general sobre este problema crucial. Cuando Almond (1990) lamenta desconsoladamente la existencia de profundas divisiones, y más bien de una verdadera y propia incomunicabilidad entre escuelas, en la ciencia política de los años setenta y ochenta (que él reconduce a la acción de una doble fractura: ideológica y metodológica), omite observar que las divisiones de este tipo representan la norma en la historia, a este punto, suficientemente extensa, de todas las ciencias sociales. Los momentos de (relativo) consenso sobre los fundamentos son, en cualquier disciplina científico-social, excepciones, el fruto de especiales condiciones históricas (ver el caso del predominio del funcionalismo parsoniano en la sociología estadounidense de los años cincuenta o del comportamentismo en la ciencia política de los años sesenta).

Hasta en economía, a pesar de las fases más o menos prolongadas de neto predominio de alguna corriente (en este orden: la economía smith-ricardiana, el marginalismo, la macroeconomía keynesiana), las divisiones han estado siempre presentes (Schumpeter, 1954) y, además, siempre ha ocurrido que en las fases de decadencia de la corriente predominante se acentúan las divisiones hasta llegar a la fragmentación del campo disciplinario (Bell y Kristol, 1981).

¿Por qué en las ciencias sociales el desacuerdo sobre los fundamentos es siempre mucho más intenso que en las ciencias físicas? Si, como recuerdan los historiadores y los filósofos de la ciencia (por ejemplo, Laudan, 1984) no debemos sobre valorar el grado de acuerdo alcanzado (y alcanzable) en las ciencias naturales, está claro que las divisiones endémicas y continuas son un efectivo «privilegio» de las ciencias sociales. En estas ciencias, y sólo en éstas, hay divisiones hasta respecto a «qué es una ciencia»: Sin necesidad de incomodar el *Methodenstreit* de finales del siglo pasado, basta citar un teórico social, contemporáneo: «Por razones vinculadas a la naturaleza de sus objetos de estudio, el de desacuerdo a cualquier nivel del *continuum* científico es constitutivamente mucho más intenso en las ciencias sociales. La proximidad entre los intereses de los análisis de las ciencias sociales y los fundamentos políticos y culturales de la vida social hacen casi insuperables las barreras

metodológicas y sustanciales que se interponen al acuerdo científico» (Alexander, 1985, 34).

Por un lado, muchas divisiones son de tipo meta teórico, tienen que ver con las visiones precientíficas, para usar una expresión de Schumpeter (1954, trad it 1979, 50), que constituyen la base de cualquier investigación científico-social (y a la cual se relaciona también la fractura ideológica de la que habla Almond<sup>9</sup>. Por otro lado, ellas dependen de diferentes modos de responder a la pregunta, que he definido como prioritaria, sobre la naturaleza de la explicación en las ciencias sociales. No es posible, creo, llegar a un consenso general sobre los fundamentos. Pienso que lo máximo que se puede (y se debe) pretender es un acuerdo mínimo (a) sobre el uso correcto de las reglas de la argumentación (Sartori, 1979) y (b) sobre el respeto de la distinción, de carácter regulativo, entre juicios de hecho y juicios de valor. Ello simplemente significa respetar la fundamental. regla del «juego lingüístico» que llamamos ciencia: recurrir en nuestras explicaciones sólo a enunciados descriptivos, con exclusión de los enunciados prescriptivos<sup>10</sup>. No cabe, razonablemente, esperar llegar más lejos.

Es preferible, por ello, dedicar más esfuerzos a mejorar las líneas de comunicación. Lo que es en verdad importante es que los estudiosos, aunque eventualmente disientan sobre los fundamentos, al menos se comprendan; que posean criterios para identificar y delimitar los términos del disenso.

### **Una disputa antigua: ¿qué entendemos por «explicar»?**

No podemos afirmar que exista acuerdo entre los científicos políticos sobre lo que constituye una explicación aceptable. Lo que en su lugar podemos, y creo, debemos hacer, es explicitar qué entiende *cada uno de nosotros* por «explicación aceptable». De otro modo, la cuestión del por qué comparar pierde significado. Esta es la razón por la cual, por ejemplo, no parece muy convincente el eclecticismo metodológico propiciado por Almond (1971; 1990). Según este punto de vista, en las ciencias *soft* (las ciencias sociales) se debe hacer uso, con flexibilidad, de una mezcla de funcionalismo, teoría de la elección racional, método histórico (sic), etc. Todos estos enfoques sostienen concepciones diferentes de la explicación, y aquí el sincretismo no tiene lugar. Es necesario elegir. El sincretismo metodológico puede conducir sólo, por un camino imprevisto, a la anárquica confusión feyerabendiana de «todo va bien».

En las ciencias sociales dos diferentes modelos de explicación han cobrado, al menos en el discurso (en la práctica de la investigación siempre han

---

<sup>9</sup> *La inevitabilidad de fracturas de este tipo depende del hecho de que todas las investigaciones de las ciencias sociales, en modo implícito o explícito, están inspiradas por visiones del mundo que, por ejemplo, incorporan diferentes, y frecuentemente incompatibles, modelos de hombre (Hollis, 1977) y que son pasibles sólo de crítica filosófica, no científica. Ello no quita, sin embargo, la posibilidad del control intersubjetivo de las teorías, las cuales, independientemente de la Weltanschauung que ha inspirado la elaboración, deben en cualquier-caso superar, para ser aceptadas, el test de la corroboración empírica.*

<sup>10</sup> *Siguiendo a Sartori (1979, 231 y ss.), es el problema de la Wertfreiheit entendida como .criterio regulador en vez de «constitutivo». Una cosa diferente, naturalmente, es la weberiana -relación de valor, sobre la cual influyen las visiones precientíficas de las que habla Schumpeter.*

sucedido cosas diferentes), más consenso que otros: el modelo funcionalista y el nomológico-deductivo (o *covering-law model*)<sup>11</sup>. En el primero caso, se postula la existencia de necesidades sistémicas y se asume como satisfactoria la explicación que puede dar cuenta de la función que cumple una determinada institución respecto del mantenimiento y adaptación del sistema (o de otra institución); en el segundo caso, se reputan aceptables sólo las explicaciones basadas sobre «leyes».

Ambos modelos resultan insatisfactorios. Para el modelo teleológico-funcionalista valen las críticas de Hempel (1965) y es verdad que en las ciencias sociales, como ha observado Elster (1983), no existe nada análogo a la teoría (causal) de la selección natural que legitima, en biología, la explicación funcional.

Más complicado es el caso del modelo nomológico, del cual puede afirmarse que sirve, pero no basta. Por un lado, no es posible explicar algo, en ciencia política y en historiografía, sin recurrir a «leyes», aunque sólo sea en la forma (lá única que podemos encontrar en las ciencias sociales) de proposiciones símil-ley sobre «regularidades» espacio-temporalmente delimitadas. Hempel (1942) tiene razón sobre este punto. Por otra parte, el uso de proposiciones símil-ley es sólo una etapa de una operación explicativa mucho más compleja, y siempre que mantengamos que explicar significa explicar «por causas»<sup>12</sup>.

Ciertamente debemos refutar la concepción determinística de la causalidad (Hicks, 1979) que ha sido abandonada también en física. Debemos hablar de causas necesarias pero no suficientes (Nagel, 1961; Sartori, 1979). No obstante, del concepto de causa no podemos prescindir, aunque quedase demostrado, como pretenden algunos autores, que en las ciencias físicas se trata de un residuo de una época precientífica<sup>13</sup>. Es necesario ratificar lo que es conocido, es decir, que el *covering-law model* es de por sí insuficiente para producir auténticas explicaciones causales. Una proposición símil-ley del tipo «Si A, entonces B» nos dice sólo que existe una elevada probabilidad, dadas ciertas condiciones, de asociación entre A y B. Pero, como sabemos, una correlación no implica

---

<sup>11</sup> En las ciencias sociales existe también otro tipo de explicación: la explicación intencional, basada sobre el silogismo práctico (Von Wright, 1971). Más allá del problema, muy discutido, de si la explicación intencional sea, o no, un tipo especial de explicación causal, queda el hecho de que ella, para las específicas finalidades cognoscitivas de la ciencia política (o de la sociología) puede ser utilizada sólo en conjunción con la explicación causal. Sobre este punto, ver la nota 14.

<sup>12</sup> Uno de los argumentos usados contra la explicación causal (y a favor de las explicaciones sistémico-funcionales) es el de que en las ciencias sociales nos encontramos frente a fenómenos de causalidad recíproca.: A es causa del estado de B pero, a su vez, el estado de B es causa del estado de A. Pero, como ha sido observado (Hage, Foley Meeker, 1988, 16-19), la llamada causalidad recíproca es definible mejor como un caso de causalidad compuesta: ella es casi siempre descomponible en distintas secuencias causales (de A a B y de B a A). La llamada causalidad recíproca (comprendido el caso de mecanismos de feedback) no viola, en realidad, los principios de la secuencia temporal (la cual precede a efecto) y de la asimetría sobre la cual se rige la causalidad.

<sup>13</sup> Es, por ejemplo, la tesis de Bertrand Russell (1953). Para el caso de la ciencia política la mejor discusión crítica de la concepción causalista, que llega a conclusiones diferentes de las mías. se encuentra en Fisichella (1985, 64 y ss).

necesariamente una relación de causalidad. Puede que la correlación sea perfectamente espuria (ver Elster (1989) para observaciones penetrantes sobre este límite fundamental del modelo nomológico).

En cuanto cualquier fenómeno social es el producto de una multiplicidad de causas (Mill, 1843) lo que, realísticamente, es posible hacer es identificar uno o más *subconjuntos del* complejo «conjunto de circunstancias» (causas) que preceden la aparición del fenómeno que nos interesa explicar. En esta perspectiva: «(...) una causa se identifica como un elemento de un conjunto de condiciones, una parte Insuficiente pero Necesaria de un grupo de condiciones o eventos Suficientes pero no Necesarios (...)» (Hage, Foley Meeker, 1988, 10. La fórmula INUS se debe al filósofo J. Mackie, 1965).

Elaborar una explicación adecuada significa entonces individualizar, con el auxilio de generalizaciones *law-like*, un «conjunto de condiciones» (network) causales y reconstruir sus interrelaciones. Dicho en otros términos, el objetivo de la explicación es el de identificar *mecanismos* causales (Elster, 1989) <sup>14</sup>. Si bien, realísticamente, debemos ser concientes del hecho de que nuestras explicaciones podrán identificar sólo *algunos* aspectos (nunca todos) del complejo engranaje causal <sup>15</sup> que preside el fenómeno que se examina <sup>16</sup>.

Es perfectamente lícito rechazar esta concepción de la explicación (y es rechazada en efecto por muchos: por ejemplo, y por razones muy diferentes, por

---

<sup>14</sup> " La tesis weberiana de la necesidad de integrar explicación causal y «comprensión • es reformulada por Elster (1983, 84 y ss.) en los términos de la necesidad de explicaciones «mixtas»: explicaciones intencionales de *accibnes* individuales junto a explicaciones causales de la interacción entre individuos: «Antes que nada debemos "comprender" por qué -y para el alcance de qué objetivo- los actores actúan como actúan; y luego debemos «explicar- por qué actuando como actúan, determinan ciertos resultados. Que el fenómeno por explicar sea un ciclo económico, una campaña presidencial, la movilidad geográfica o el cambio tecnológico, se debe siempre desagregar la información en estos dos estadios. Postular simplemente una relación causal entre macrovariables no es suficiente. Podemos constatar la regularidad empírica según la cual la expansión sigue a la depresión en un ciclo económico, o según la cual una cierta distribución del rédito se asocia a un cierto modelo migratorio, pero no habremos explicado nada hasta cuando no podamos mostrar(i) cómo los macro-estados en el tiempo t influyen sobre el comportamiento de individuos motivados por ciertos objetivos, y (ti) cómo estas acciones individuales dan lugar a nuevos macroestados al tiempo t+1 »\_Las tesis de Elster sobre la explicación como identificación (que combina intención y causalidad) de «mecanismos causales» recuerda de cerca la que Von Hayek (1952) llama «explicación del principio», distinta' de -la simple «explicación del detalle» (o covering law model).

<sup>15</sup> Cfr. la clásica tesis weberiana sobre la «causación adecuada» y sobre los «juicios de posibilidad objetiva».

<sup>16</sup> Una diferencia crucial entre 1a explicación causal concebida así y e1 modelo hipotético-deductivo es que se rompe la relación entre explicación y previsión (Panbianco, 1989b). Para decirlo una vez más con Elster: «... las explicaciones causales deben ser distinguidas de las previsiones. A veces podemos explicar sin ser capaces de prever, y a veces podemos prever sin tener 1a capacidad de explicar. Es verdad que en muchos casos la misma teoría nos permitirá hacer ambas cosas, pero pienso que en las ciencias sociales ésta sea la excepción más que la regla» (Elster, 1989, 8). Cfr. también Boudon (1984). Se puede pensar que la fundamental razón «psicológica» por la que muchos continúan declarándose fieles al modelo hipotético-deductivo de explicación, no obstante su evidente inadecuación en las ciencias sociales, se relacione con el deseo de salvaguardar el carácter conjunto explicativo y predictivo de las teorías.

los funcionalistas, por los hermenéuticos, por los dialécticos y por los que identifican *tout court* la explicación con el modelo nomológico-deductivo). En tal caso, ¿se ofrecerán respuestas diferentes a la pregunta «por qué comparar»? <sup>17</sup>.

### **El método comparativo: dos estrategias**

En la interpretación que aquí se propone, se compara para alcanzar explicaciones causales, en el sentido precisado de identificación de mecanismos causales. Es importante notar que esta perspectiva posee efectos sobre la elección de la *estrategia* de la comparación que se considera más apropiada. Si, en efecto, estamos interesados en explicaciones locales (es decir, identificar el mecanismo causal que está detrás del específico fenómeno que examinamos) entonces debe precisarse el rol de la comparación como método de control de las hipótesis.

En la práctica de las ciencias sociales es posible identificar dos tipos de comparación (Ragin y Zaret 1983). En el primer caso (lo que Ragin y Zaret llaman comparación estadística) se limitan a comparar hipótesis de alcance general. Por ejemplo, la existencia o no de una relación de asociación entre desarrollo económico y régimen democrático, entre el número de los partidos y el grado de inestabilidad gubernamental, entre ciertos aspectos del sistema de partidos y el tipo de políticas públicas producidas, etc.

La expresión «comparación estadística» se refiere a la lógica que preside a este tipo de investigación comparada. Lo que cuenta es el recurso al canon milliano de las variaciones concomitantes. No es necesario que la investigación recurra a técnicas estadísticas en el tratamiento de datos para ser incluida en esta categoría. La comparación estadística es un derivado de la tradición durkheimiana. La investigación-modelo es El suicidio, de Emile Durkheim. En el debate metodológico contemporáneo esta obra ha sido nuevamente propuesta como un modelo por autores como Smelser (1976) y Lijphart (1971) <sup>18</sup>.

En esta perspectiva el método comparativo es una variante (más débil, menos fiable) del método estadístico. En la medida en que no podemos trabajar con grandes números, cuando el número de las unidades disponibles es bajo, el control de las hipótesis debe confiarse necesariamente al método comparativo. Pero la lógica del control comparativo es la misma que la del control estadístico. En otros términos, el método comparativo es, en esta versión, una forma de control estadístico «sobre pequeños números». Se trata de una estrategia

---

<sup>17</sup> Véase Marradi (1985) para una clasificación de los objetivos de la comparación (ordenados a través de una dimensión que va desde el polo nomotético «fuerte» hasta el polo ideográfico) extraída de un examen de la literatura existente.

<sup>18</sup> Si Smelser y Lijphart han escrito los textos más notables, esta visión del método comparado resulta compartida, por muchos otros autores. Es por ejemplo el caso de Randall Collins, para el cual: «Para comprender una cosa debemos confrontar donde acaece y donde no acaece y registrar las variaciones de las condiciones que acompañan la ocurrencia o la no ocurrencia del fenómeno. Durkheim lo había entendido perfectamente y en efecto intentó mostrar cuáles son las condiciones que permiten la solidaridad social confrontándola con aquella en la cual la solidaridad es menor (por ejemplo, en el suicidio). El método de la variación, no obstante la complejidad de los resultados que se derivan, es el método fundamental de la ciencia» (1975, trad. it. 1980, d).

*variable-based*, vinculada al objetivo de producir generalizaciones de amplio alcance y coherentes, según Ragin y Zaret, con el modelo funcionalista de la explicación, predilecto de la tradición durkheimiana. Se comparta o no el «programa durkheimiano», del cual la comparación estadística, incluidas sus aplicaciones contemporáneas, es hija, se debe admitir que este tipo de comparación resulta, en cualquier caso, útil y necesaria.. Ella sirve para el control de aquellas proposiciones *símil-ley* sobre regularidades que son patrimonio indispensable a alcanzar en nuestras explicaciones. De por sí las regularidades obtenidas de este modo no constituyen una explicación en sentido muy claro (por los límites que presenta a este fin el modelo nomológico).

La explicación del fenómeno es una tarea mucho mas complicada en la cual pondremos en juego (incorporándolas en cuadros teóricos y modelos) las proposiciones *símil-ley* producidas mediante la comparación estadística, pero sin limitarnos a esto. La explicación verdadera puede *emerger sólo* de un diferente tipo de comparación (Ragin y Zaret la llaman comparación histórica) en la cual el caso examinado será confrontado sistemáticamente con otros casos para identificar *semejanzas y diferencias*.

Debe quedar claro qué cosas distinguen las dos *estrategias*. En el primer caso partimos de una proposición *símil-ley* y controlamos sobre una muestra de unidades si la presencia de A va acompañada o sucedida por la presencia de B y en qué condiciones. En el segundo caso partimos de la observación de una unidad X en la cual está presente B (nuestro *explanandum*) y a través de confrontaciones entre X y otras unidades (diferentes de X) en las cuales B esté presente -o bien otras unidades (similares a X) en las cuales B esté ausente investigamos el posible conjunto de causas (A + C + ... N) de B.

La comparación histórica es hija de la tradición weberiana. El objetivo de la investigación es la explicación *genética* de las diversidades históricas. En esta versión el método comparado no es una variante, o un derivado, del método estadístico. Más bien se recurre a los cánones lógicos de la semejanza y de la diferencia antes que al de las variaciones concomitantes. Se trata de una estrategia *case-based*, centrada sobre los casos, en vez de *variable-based*. Se pretende alcanzar «modestas generalizaciones sobre las diversidades históricas» (Ragin y Zaret, 1983, 741). .

La investigación de explicaciones genéticas implica la elaboración de hipótesis -y de su control mediante la comparación- sobre combinaciones de causas temporalmente discretas. En el caso de la comparación estadística «causas y efectos están ligados en modo continuo.

Variaciones en las primeras determinan variaciones en los segundos. Mientras que los argumentos genéticos son típicamente combinatorios: «específicas condiciones se combinan determinando un específico resultado histórico» (*ibídem*, 743). Esta estrategia permite, o debería permitir, la identificación de *patterns of invariance* (combinaciones de causas y efectos) que dan lugar a recorridos históricos diferenciados (*ibídem*, 744). Ella es coherente con

la concepción de la explicación, que aquí se propone, entendida como identificación de mecanismos causales.

Las dos estrategias -comparación estadística y comparación histórica- no se excluyen. Más bien la disponibilidad de buenas comparaciones estadísticas es una condición que acrecienta las probabilidades de buenas comparaciones históricas. Las mejores investigaciones (Barrington Moore y Stein Rokkan proporcionan ejemplos) las utilizan simultáneamente. Sin embargo, el objetivo *final* no consiste simplemente en controlar la veracidad de una proposición general (como sucede cuando nos limitamos a utilizar la llamada comparación estadística), sino en explicar específicos fenómenos histórico-políticos identificando sus mecanismos causales, bien se trate de las causas de las diferentes vías a la modernización en un grupo de países o bien de las semejanzas y diferencias en las configuraciones de los sistemas de partidos europeo-occidentales.

Naturalmente, una buena explicación local es muy frecuentemente el punto de partida para alcanzar otras explicaciones locales (en este sentido muy especial se puede hablar también de acumulabilidad del saber), sin que los resultados cognoscitivos alcanzados sean mecánicamente transferibles de un caso a otro.

### **Conclusiones**

Pienso que, cuando discutimos de cuestiones metodológicas, ya sea de la comparación o de otra cosa, es indispensable una visión más realista de las ciencias sociales que la incorporada en tantas declaraciones ideológicas del pasado. Pienso que debemos, ante todo, «olvidar a Kuhn», desligarnos del complejo de la «ciencia normal»<sup>19</sup>, entendida como variante de la concepción positivista de la pirámide (el científico social que, de modo similar a un esclavo egipcio, contribuye con su pequeña piedra a la construcción del saber nomológico).

---

<sup>19</sup> *La "ciencia normal" en el sentido de Kuhn existe. Es la actividad del profesional no revolucionario o, más precisamente, no demasiado crítico: del cultivador de disciplinas científicas que acepta el dogma predominante de su tiempo; que no quiere someterlo a discusión; y que acepta una nueva teoría revolucionaria sólo si casi todos los otros están dispuestos a aceptarla -se convierte en moda por una suerte de un arrollador consenso universal (...). El científico "normal", como es descrito por Kuhn, ha sido mal instruido. Ha sido educado, en un espíritu dogmático: es una víctima del adoctrinamiento» (Popper, 1970, 122-123). Se puede naturalmente considerar poco generoso el duro juicio de Popper y sostener que mediante el concepto de "ciencia normal" Kuhn describe de modo satisfactorio cuanto acaece en algunas ciencias naturales. Mi opinión es sin embargo que la idea de ciencia normal está estrechamente relacionada con la idea de paradigma, y pues si para las ciencias sociales no es adecuada la segunda tampoco lo es la primera. A menos que no se quiera dar al concepto de ciencia normal una valencia que no tiene en Kuhn, indicando simplemente el trabajo colectivo de los seguidores de una determinada escuela. Pero en las ciencias sociales las escuelas son muchas. Ello quita al concepto de ciencia normal la útil función descriptiva que posee en relación a las ciencias naturales (admitido y no concedido, como quiere la interpretación de Kuhn, que estas últimas sean dominadas, cada una, por un solo paradigma). Pero ver, sobre este aspecto, las críticas de Laudan (1977) a las tesis de Kuhn.*

De ningún modo las cosas son así. No estudiamos los diferentes fenómenos políticos para contribuir al enriquecimiento del saber nomológico <sup>20</sup>, pero utilizamos el saber nomológico disponible -gracias también, pero no sólo, al trabajo de los teóricos- para «comprender» (en el sentido en el cual Runciman usa esta expresión: el *verstehen* es sólo un componente, necesario pero no suficiente) fenómenos histórico-políticos relevantes para nosotros y para nuestro tiempo. Las ciencias sociales no son, desde este punto de vista, muy diferentes de la historiografía (Loriaux, 1989). Al igual que la historiografía, están sujetas a permanentes traslados de intereses cognoscitivos y de puntos de vista que no respetan las cadencias internas de la acumulación del saber, sino las de los cambios históricos. Al igual que la mejor historiografía, la mejor ciencia política busca explicar fenómenos políticos considerados de relieve y lo lleva a cabo utilizando cuadros teóricos y modelos, con la finalidad de reforzar la plausibilidad de sus explicaciones locales. De este modo la cuestión del por qué comparar, a juicio de quien escribe, encuentra su justa ubicación en este marco.

### **Referencias bibliográficas**

- Alexander, J. (1985), *Theoretical Logic in Sociology, Vol. I: Positivism, Presuppositions and Current Controversies*, Berkeley, University of California Press.
- Almond, G. (1971), *Strategie per lo studio dello sviluppo politico*, Rivista Italiana di Scienza Politicar, I, pp. 231-269.-- (1990), *A Discipline Divided. Schools and Sect in Political Science*, Newbury Park, Sage.
- Aron, R. (1939), *Remarques sur l'Objectivité des Sciences Sociales*, «Theoría», V, pp. 161-194.
- Bell, D. (1981), *Models and Reality in Economic Discourse*, en Bell y Kristol (1981)
- Bell, D. y I. Kristol, (comp.) (1981), *The Crisis in Economic Theory*, Nueva York, Basic Books.
- Boudon, R. (1977), *Effets Pervers et Ordre Social*, París, Presses Universitaires de France.- (1984), *La Place du Desordre*, París, Presses Universitaires de France.
- Collins, R. (1975), *Conflict Sociology*, Nueva York, Academic Press.
- Gambetta, D. (1989), *Il Sapore Agrodolce del riduzionismo*, en L. Sciolla y L. Ricolfi (comp.), *Il Soggetto dell'azione*, Milán, Angelj, pp. 153-159.

---

<sup>20</sup> Para la impostación contraria a la recogida aquí, véase Mayer (1989). Según Mayer, todo lo que se requiere para que el movimiento de la Comparative politics conserve las promesas de los años cincuenta es una mayor atención, por parte de los científicos políticos, a la importancia de una correcta operacionalización de los conceptos. Es verdad que un válido tratamiento de los conceptos resulta esencial para la corroboración empírica de las teorías. Que ello baste para garantizar la acumulatividad del saber en ciencia política (una ciencia que, según Mayer -y según todos los fiscalistas que lo han precedido- se distinguiría de la física sólo por la menor «precisión» de sus previsiones) resulta bastante dudoso.

- Elster, J. (1983), *Explaining Technical Change*, Cambridge, Cambridge University Press. Trad. Esp. *El cambio tecnológico: investigaciones sobre la racionalidad y la transformación social* (1990), Barcelona, Gedisa.- (1989), *Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press. Trad. esp. *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales* (1991), Barcelona, Gedisa.
- Fisichella, D. (1985), *Epistemología e scienza política*, en D. Fischeila, (comp.), *Metodo Scientifico e Ricerca Política*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, pp. 11-80.
- Hage, J. y B. Foley Meeker (1988), *Social Casuality*, Boston, Unwin Hyman.
- Hahn, F. y M. Hollis (comp.) (1979), *Philosophy and Economic Theory*, Oxford, Oxford University Press.
- Hempel, C. (1965), *Aspects of Scientific Explanation*, Nueva York, The Free Press. Trad. esp. *La explicación científica: estudios sobre la filosofía de la ciencia* (1979), Buenos Aires, Paidós.- (1942), *The Function of General Laws in History*, *The Journal of Philosophy*, XXXIX, pp. 35-48.
- Hicks, J. (1979), *Casuality in Economics*, Oxford, Basil Blackwell.
- Hirschman, A. (1971), *A Blas for Hope*, New Haven, Yale University Press.- (1985), *Against Parsimony*, *REconomy and Philosophy*, 1.
- Hollis, M. (1977), *Models of Man*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Kaldor, T. (1972), *The Irrelevance of Equilibrium Economics*, «*Economic Journal*», LXXXII, pp. 1237-1255.
- Lakatos, I. y A. Musgrave (1970) (comp.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press. Trad. esp. *La crítica y el desarrollo del conocimiento: Actas del coloquio Introducción de filosofía de la ciencia*, Barcelona, Gríjalbo, 1975.
- Laudan, J. (1977), *Progress and its Problems*, Berkeley, University of California Press.- (1984), *Science and Values*, Berkeley, University of California Press.
- Leonardi, F. (1986), *Di che parla il sociologo?*, Milán, Angh.
- Lijphart A. (1971), *Comparative Politics and the Comparative Method*, en «*American Political Science Review*», LXV, pp. 682-693.
- Loriaux, M. (1989), *Comparative Political Economy as Comparative History*, «*Comparative Politics*», XXI, pp. 355-377.
- Machlup, F. (1978), *Methodology of Economics and Other Social Sciences*, Nueva York, Academia Press.
- Mackie, J. L. (1965), *Causes and Conditions*, «*American Philosophical Quarterly*», XXIV, pp. 245-264.

- Marradi, A. (1980), *Concetti e Metodi in Scienza Politica*, Florencia, Giuntina. - (1985), *Natura, Forme e Scopi della Comparazione: un Bilancio*, en Fisichella (1985), pp. 293-321.
- Mayer, L. C. (1989), *Redefining Comparative Politics*, Newbury Park, Sage.
- Mill, J. S. (1843), *A System of Logic*, Londres.
- Nagel, E. (1961), *The Structure of Science*, Nueva York, **Harcourt, Brace and World**. Trad. esp. *La estructura de la ciencia: problemas de la lógica de la investigación científica*, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- Panebianco, Angelo. (comp), (1989), *L'Analisi della Política*, Bolonia, 11 Mulino. - (1989a), *Le Scienze Sociali e i Limiti del Illuminismo applicato*, en Panebianco (1989), pp. 563-596. - (1989b), *Le scienze sociali e la politica*, en Panebianco (1989), pp. 13-65.
- Pasquino, Giovanni. (1989), *La Scienza Politica Applicata: l'ingegneria politica*, en Panebianco (1989), pp. 547-561
- Popper, K. (1957), *The Poverty of Historicism*, Londres, Routledge and Kegan. Trad. esp. *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1961.
- Popper, K. (1970), *Normal Science and its Dangers*, en Lakatos y Musgrave, pp. 121-128.
- Ragin, C. y D. Zaret (1983), *Theory and Method in Comparative Research: Two Strategies*, en «Social Forces», LXI, pp. 731-754.
- Roth, G. (1973), *Max Weber's Comparative Approach and Historical Typology*, en Vallier (comp.), *Comparative Methods in Sociology*, Berkeley, University of California Press.
- Runciman, W. (1983), *A Treatise on Social Theory*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press.
- Rusconi, G. E. (1987), *Rischio 1914*, Bolonia, 11 Mulino.
- Russell, B. (1953), *On the Notion of Cause, with Application to the Free-Will Problem*, en H. Feigl y M. Brodbeck (comp.), *Readings in the Philosophy of Science*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, pp. 387-407.
- Salvati, M. (1987), *Diversità e mutamento: contro il modello degli economisti*, en G. Urbani (comp.) *Politica e economia*, Milán, Angeli, pp. 68-109.
- Sartori G. (1979), *La Política. Logica e Metodo in Scienze Sociali*, Milán, Sugar Co. Trad. esp. *La Política: lógica y método en las ciencias sociales*, México, FCE, 1984.
- Schumpeter, J. (1954), *History of Economic Analysis*, Londres, Allen Unwin. Trad. esp. *Historia de análisis económico*, Ariel, Barcelona, 1971.
- Sen, A. (1982), *Choice, Welfare and measurement*, Oxford, Basil Blackwell.
- Simon, H. (1957), *Models of Man*, Nueva York, Wiley.

Smelser, N. (1976), *Comparative Methods in the Social Sciences*, Englewood Cliffs, Prentice Hall.

Von Hayek, F. (1941), *The Pure Theory of Capital*, Londres, Routledge and Kegan.  
- (1952), *The Counter-Revolution of Science*, Londres, The Free Press of Glencoe.

Von Wright, G. (1971), *Explanation and Understanding*, Ithaca, Cornell University Press. Trad. esp. *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

Zamagni, S. (comp.) (1982), *Saggi di filosofia della scienza economica*, Roma, La Nuova Italia Scientifica.